



Por Esther De la Cruz Castillejo

NACIÓ en Birán, un 13 de agosto, y pareciera que desde sus primeros pasos comenzó a alistarse para una existencia distinta. El tiempo de juegos lo animó al combate, a los trillos de la Sierra Maestra y a la manía tan personal, esa que alguna vez confesó, de pensar en los demás antes que en sí mismo. La época de estudio le enseñó lo importante de indagar en todo, la determinación de quien se enfrenta a lo injusto y el respeto enorme a la dignidad humana.

Lo deslumbraron José Martí, el Apóstol al que no dejó morir en el año de su centenario, y Santiago de Cuba. Una ciudad diversa, arisca, apasionante, a la que llegó un día con pantalones cortos y a la que volvió muchas veces, hasta quedarse en ella, toda una eternidad.

Fue efímero su paso físico por Las Tunas. Apenas 14 veces estuvo aquí a lo largo de su andar revolucionario. Sin embargo, las vivencias han quedado marcadas entre la gente como el embrujo que irradiaba su presencia.

Por estas fechas, cercano ya su cumpleaños 93, las páginas de **26** quieren recordarlo vivísimo, tal y como está en el alma del pueblo. Para eso salimos a las calles, conversamos con los tuneros, despertamos añejas pasiones y azuzamos recuerdos. Les traemos un ápice de tanto ardor, tantas historias.

I

Era el 4 de enero de 1959 y la Caravana de la Libertad, con su jefe al frente, pasaba por estas tierras rumbo a Camagüey. Estaban precedidos por una especie de avanzada guerrillera, que llegó a Victoria de las Tunas cuando ya caía la noche del día 3. Un nutrido grupo de barbudos, curtidos por la Sierra Maestra, se iban distribuyendo a lo largo de los caminos que transitarían las huestes del Líder.

Quedaban así apostados en las alcantarillas, los puentes y cualquier sitio que pudiera servir al enemigo, todavía disperso por Cuba, para atentar contra el paso victorioso de los rebeldes. Parquearon los carros y su imponente armamento frente a la tienda La Habanera, popular

ferretería que también comercializaba víveres y ocupaba parte de la ahora calle Francisco Varona, actual Bulevar tunero.

Allí los dueños les vendieron comida en conserva y hasta les prepararon un par de termos nuevos con café para darle "al jefe", un hombre, a todas luces comandante, que había quedado en el Ayuntamiento al habla con las autoridades locales y no salió al encuentro de nadie. Ni siquiera cuando la familia decidió regalar los alimentos y él mandó a decir que no, que el Ejército Rebelde siempre pagaba los insumos a comerciantes y campesinos.

Después de ellos, en la hora incierta en que la madrugada se despidió y nace el nuevo día, comenzaron a transitar por la calle principal de esta comarca los carros de la Caravana. Entonces pasó Fidel. Para muchos era todavía un gran desconocido. Y para otros, el barbudo legendario cuya victoria marcaba el fin de la dictadura de Batista, augurio del cese de los asesinatos en las esquinas, la hambruna en los campos...; y, por supuesto, la profecía de tiempos mejores para todos.

Cuentan los más ancianos que la comitiva salió desde Holguín



La Caravana de la Libertad llevó a los barbudos hasta La Habana y recibió, a su paso por Cuba, el abrazo agradecido del pueblo.

Fidel: encuentros en Revolución

con la intención de hacer viaje directo a Camagüey, de ahí que no hubo parada en estos predios.

Fidel desfiló por aquí, al frente de sus hombres, a una hora imprevista, pocos pudieron verlo. Por eso, cuando el entonces mozo que era Luis Manuel Quesada Kindelán salió de su casa, cerca de las 9:00 am, para divisar en primera fila el suceso, solo encontró en las calles el revuelo de la gente y algunos carros, los de la retaguardia, que todavía seguían rumbo tras su Comandante en Jefe. Dice que iban sucios, felices, saludando entre vítores y celebrando la vida.

Por la tarde sí. Se corrió como pólvora la noticia de que el propio Fidel Castro había encargado al comandante Delio Gómez Ochoa el deber de hablar a los tuneros. La gente se fue agolpando en los alrededores del parque Vicente García porque la tarima se montó ahí, frente a lo que es hoy la hamburguesera La Holguinera.

Quienes viven todavía para contarlo confirman que era difícil en esos años, con la población que tenía esta localidad, llenar el parque. Y Fidel lo logró. Porque todos sabían que el mítico luchador no estaría ahí; pero nadie quería perderse el primer mensaje de libertad que les llegaba de él. Algunos indican que fue esa su primera gran convocatoria a los hijos del Balcón de Oriente.

Delio Ochoa resultó un excelente orador. Comenzó diciendo que venía a hablar por mandato expreso de Fidel y eso, nada más eso, espoleó el alma de la gente. Una frase quedó, de manera especial, en la memoria de los presentes. Así lo asegura el ya no tan joven Luis Manuel. Su voz añosa la repite a través del teléfono para que no quede al margen de estas líneas: "El



Para Fidel el intercambio con los jóvenes era vital. En sus manos siempre puso el futuro de la Patria.

himno ahora es una bandera que canta y la bandera es un himno que flota".

II

Estudiaba el primer año de la licenciatura en la Universidad de La Habana. Tenía una clase importante y casi llegaba contra reloj. De momento notó que algo estaba distinto en la concurrida colina. Y así, dejándose llevar por el paso de otros, se encontró cara a cara con Fidel. El Comandante la saludó y ella no atinó a responder nada. Se quedó muda. Él le sonrió, hasta le preguntó de dónde era y ella ahí, tiesa, como clavada en medio de la gente.

Con el Jefe de la Revolución andaba otro hombre. Se veía más bajito y también lo preguntaba todo. Iba a dar una conferencia en el Aula Magna y estaba primero recorriendo el recinto, escuchando su historia, contando nada menos que por el más fiel de sus estudiantes. Tiempo después supo que se llamaba Hugo Chávez y parecía, igualmente, destinado a cambiar el rumbo de América.

Fue él, el visitante, quien escuchó sus respuestas cuando ella le dijo a un Fidel que ya estaba lejos, atendiendo a muchachos más atrevidos: "Yo soy de Las Tunas, me llamo Karla". Pero se había ido. Y quedó ahí, sola, en medio de la colina. ¡Qué rabia! ¡Habría querido decirle tantas cosas!

III

También Yudiel Ávila tuvo por primera vez cerca a Fidel Castro en el Aula Magna de la Universidad de La Habana. Era el 17 de noviembre del 2005 y se conmemoraban los 60 años de la llegada del Líder a la pontificia casa de altos estudios. Era, apenas, un jovencito de Las Tunas. Estaba recién estrenado como dirigente estudiantil y, de pronto, quedó muy cerca del eterno rebelde. Lo escuchó, entre el estupor y el orgullo, durante las seis horas y 15 minutos de aquel discurso trepidante.

Ese día lo miró muy fijo mientras el Comandante preguntaba si podía o no ser reversible la Revolución Cubana. Y el sí deter-

minado que escuchó de su Presidente lo dejó cavilando muchas noches y, asegura, es parte de la energía que lo mantiene activo hasta hoy. Un año después, en el ocaso de la vida pública de Fidel, volvió a compartir su espacio. Sesionaba entonces en La Habana el evento Universidad 2006 y el mítico estadista invitó especialmente a los miembros del Consejo Nacional de la FEU a acompañar las actividades de clausura.

Los ubicaron lejos, en una de las plateas altas. Cuando llegó a quien tanto esperaban, su primera pregunta fue: ¿Dónde están los muchachos de la FEU? Y 165 gargantas se alzaron en el plenario para responder, entre banderas. Entonces el barbudo sonrió, miró a todos y dijo: "No, los muchachos de la FEU tienen que estar siempre muy cerquita de mí". Yudiel nunca ha olvidado eso. "Él decía que la juventud era el futuro de la Revolución. Sentía orgullo de nosotros. Ahora tenemos que demostrar que somos el presente. Así le somos fieles".

IV

Cada cubano tiene a su propio Fidel en el alma. Por décadas se fabularon historias de su cotidianidad, de la picardía en su mirada, de ese don de ver más allá de la esquina del mundo. Y en el imaginario del pueblo, el decir "si Fidel se enteró de eso" era una manera de exigir solución ante cualquier problema con el mayor de los argumentos posibles. Se fue volviendo nuestra excusa. Hacía lo que nos tocaba y lo que le tocaba a sí mismo. Por eso es vital volver a sus esencias, porque ahora todos, juntos, somos Fidel. Y es difícil.

Tras ese niño que corría en Birán, comía en los barracones haitianos y que aprendió a deleitarse con el viento en la cara, entre pinares, está el hombre colosal que se entregó por tantos. Regresar a su raíz, estudiar su ideario y hasta intercambiar de sus razones al calor de estos tiempos, también nos hace herederos de su estirpe, responsables de su legado, orgullosos de su lucidez. Especialmente, si se acerca el 13 de agosto y, otra vez, está de cumpleaños.